

E. MIRET MAGDA LENA

LO malo de la Iglesia no es que sea conservadora, sino que además adopta en estos momentos tan difíciles para el porvenir del hombre una postura vacilante.

Este Sinodo Mundial, celebrado en el centro del cristianismo católico, es la última de las asambleas celebradas en todo el mundo para poner al día el mandato dado por Jesús a sus seguidores: "Id, y evangelizad a todos los pueblos".

Yo me he mostrado escéptico acerca de los resultados concretos de este Sinodo Universal de la Iglesia católica; aunque en España cuesta trabajo darse cuenta de esta realidad, a juzgar simplemente por el comentario positivo de Javierre publicado en el "Ya", y el editorial del día 29 del periódico "Informaciones" después de haber dicho, su enviado especial en Roma, con mayor realismo: "El Papa intenta frenar el impulso del Sinodo".

No ha sido así la actitud de la Prensa extranjera. Dos especialistas como el abbe René Laurentin y Henri Fesquet, han visto con mayor pesimismo esta nueva oportunidad dejada pasar por la burocracia vaticana.

El Sinodo Mundial de Obispos, que expresa la universalidad de la Iglesia y representa de hecho a la totalidad del episcopado católico, es un organismo posconciliar que nació muerto. Su misión es sólo "aconsejar" al Papa; y su efectividad se pierde en los recovecos y meandros de la diplomacia y administración de la Curia romana, que mediatiza su preparación, desarrollo y consecuencias.

Parece mentira que el "revolucionario" Concilio Vaticano II no haya dado más resultados institucionales importantes que éste tan poco influyente nuevo organismo, ya que en Roma todo sigue igual, aunque con más comedimiento que antes. Buena muestra de ello es el aparente cambio dado por el antiguo Santo Oficio: se le mudó el nombre, se le puso al frente a un Cardenal extranjero sin preparación intelectual, y se suavizaron los modos externos de ejercer la censura. Pero sigue adelante con sus procedimientos doctrinalmente represivos, sin posibilidad de una verdadera libertad de investigación ni de expresión, salvo la conseguida por la fuerza de los hechos. Los poderosos medios de comunicación social y la nueva conciencia de libertad que ha brotado en la base católica son sus únicos correctivos; pero la intención inquisidora permanece sustancialmente igual. No parece que estemos en el siglo XX: el sistema de denuncias, la dificultad de defenderse el acusado, la deficiente información acerca de las acusaciones que pesan sobre él, es la realidad oculta bajo maneras más suaves que las de hace siglos.

Por eso el Sinodo Mundial de Obispos es una de las últimas oportunidades perdidas por la humana estructura eclesial, de

cara a las nuevas generaciones —cada vez más escasas— que acceden al catolicismo y a los nuevos y crecientes problemas que tiene el hombre de hoy. Debía preocupar más al Papa y sus colaboradores romanos el porvenir, sin encastillarse ciegamente en las escuálidas masas que son de otros tiempos, o en las recetas morales y doctrinales paternalistas que poco dicen a una cultura científica de mayoría de edad.

Buena muestra y buen camino es el marcado, en cambio, por la libertad de palabra de muchos obispos, sobre todo africanos, y por la independencia en las votaciones realizadas contra el proyecto de Mensaje elaborado por teólogos curiales, sin tener en cuenta las vivas cuestiones suscitadas en los trabajos del Sinodo. Trabajos que —por otro lado— han carecido de un cauce metodológico que los hubiera hecho mucho más efectivos. Y mala muestra en cambio toda esa mediatización de la espontaneidad de los pastores que viven de cara al porvenir, y que ha frenado la eficacia que este Sinodo debía haber tenido. En ese clima era imposible acertar con un Mensaje vivo, incisivo y representativo, a diferencia de los redactados por algunos antiguos Concilios que

¿EL FRACASO DE UN SINODO?

vivieron en la Historia de la Iglesia una verdadera espontaneidad cristiana. Sin embargo, dos aspectos positivos se desprenden del insuficiente Mensaje de los Obispos: que la proclamación del Evangelio "compete a todo el pueblo de Dios", y que la tarea evangelizadora comprende "la salvación integral del hombre, o sea su plena liberación, y ya desde ahora comienza a realizarla". Liberación que engloba necesariamente el cambio de "estructuras sociales y políticas injustas". Y quizá también hay que poner a esta cuenta positiva la un poco idealista enumeración de derechos humanos, que suena a repetición verbalista, sin eficacia concreta por ser una enumeración que viene reiterándose desde hace años por tirios y troyanos sin más consecuencias.

Y, sin embargo, el Papa ha echado un jarro de agua fría a estos beneméritos y comedidos obispos recordándoles entre alabanzas diplomáticas una docena de veces que él es el monarca indiscutible de todo lo que se haga en cualquier Iglesia local, y que su función principal es la de "centinela que vigila". Y pasando, como dice Henri Fesquet, del plano de la básica doctrina a las

cambiantes y siempre discutibles expresiones teológicas, les dice el Papa que "sería peligroso hablar de teologías diversificadas", cuando el Concilio Vaticano II se inclinó por lo contrario. Y que tampoco "se puede acentuar demasiado la promoción humana" al hablar de evangelización. Para terminar reafirmando en su temor ante las experiencias vitales de estos años: las comunidades de base existentes en todo el mundo y el pentecostalismo propugnado por su amigo el Cardenal Suenens.

Sólo salvará en mínima parte este Sinodo "la mutua comunicación de ideas y el espíritu de dinamismo" —como dijo el Cardenal Koenig— de estos obispos que han tenido una excepcional ocasión de intercambiar experiencias vivas, a pesar del freno a la espontaneidad que ha sobrevolado sobre sus cabezas. Y, sobre todo, el documento valiente y sin complejos de los obispos de África y Madagascar, publicado poco después del discurso de Pablo VI.

Sus líneas básicas se resumen en tres puntos principales: 1) El deseo de "coger, por supuesto, las riendas de su propio destino", en vez de sentirse en una situación de "colonialismo religioso" que todavía perdura, sea por efecto de los misioneros extranjeros que defienden más su propia cultura que el Evangelio o por el centralismo de los dicasterios romanos. 2) Se hace imprescindible "aportar un pensamiento teológico propio, que se esfuerce por responder a las cuestiones planteadas por nuestros diversos contextos históricos y por la evolución actual de nuestras sociedades; un pensamiento teológico que sea fiel a la vez a la tradición auténtica de la Iglesia y respetuoso de nuestras tradiciones, de nuestras lenguas y de nuestras filosofías". 3) Admitiendo, efectivamente este pluralismo teológico en la unidad de la fe, optando por una teología de la encarnación y alentando en las jóvenes Iglesias africanas una búsqueda de una "teología africana", no siendo siempre los esclavos de otras culturas como vehículo de su propia y personal fe.

Al oír el discurso del Papa un obispo africano exclamó: "Sin duda, es bien difícil hacernos entender, porque lo único que pedimos es que resulte contrario al Evangelio y a la enseñanza auténtica de la Iglesia todo gesto, palabra o escrito que sea susceptible de entorpecer la cooperación entre Iglesias jóvenes y antiguas".

Si algo no ha fracasado ha sido la voz de estas jóvenes Iglesias católicas, que tienen el derecho a no ser objeto de discriminación alguna en el conjunto de las Iglesias que componen la catolicidad y que pueden ser la única esperanza de revitalización de nuestros decaídos cuadros occidentales, que llevan sobre sus espaldas el pesado fardo de siglos de rutinas y esquemas de pensar superados por la cultura moderna, pero no por la cultura eclesial romana. ■